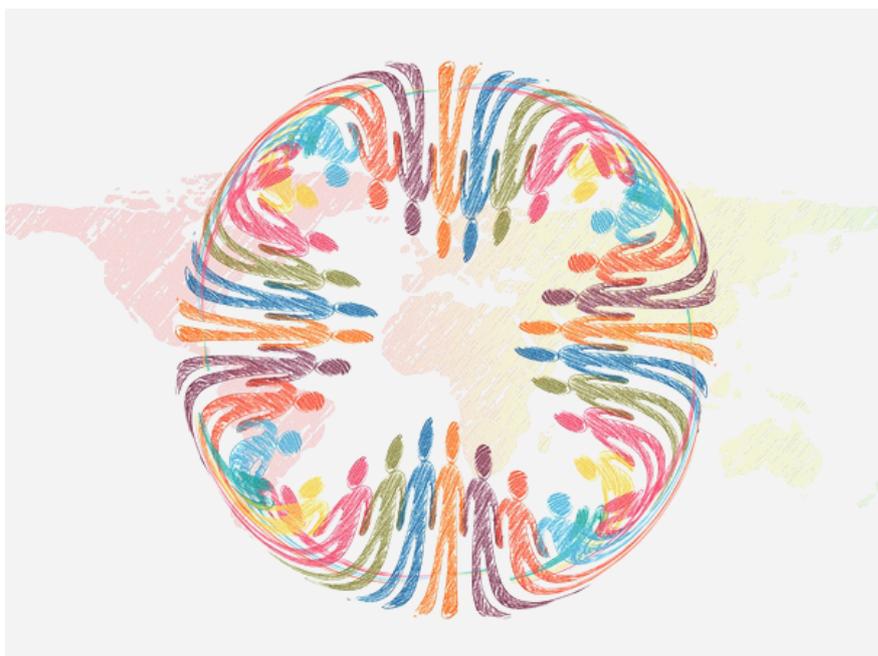


BIENVENIDA

*"Salúdense los unos a los otros
con un beso de amor fraternal" (1Pe 5,14)*

¡QUÉ BUENO ES
QUE ESTEMOS
JUNTOS!

*La cordialidad
es la manera
más a mano
que tenemos los
cristianos para decir
"te quiero".*



TODOS SOMOS PROTAGONISTAS

*Y todos somos la Asamblea
que celebra.*

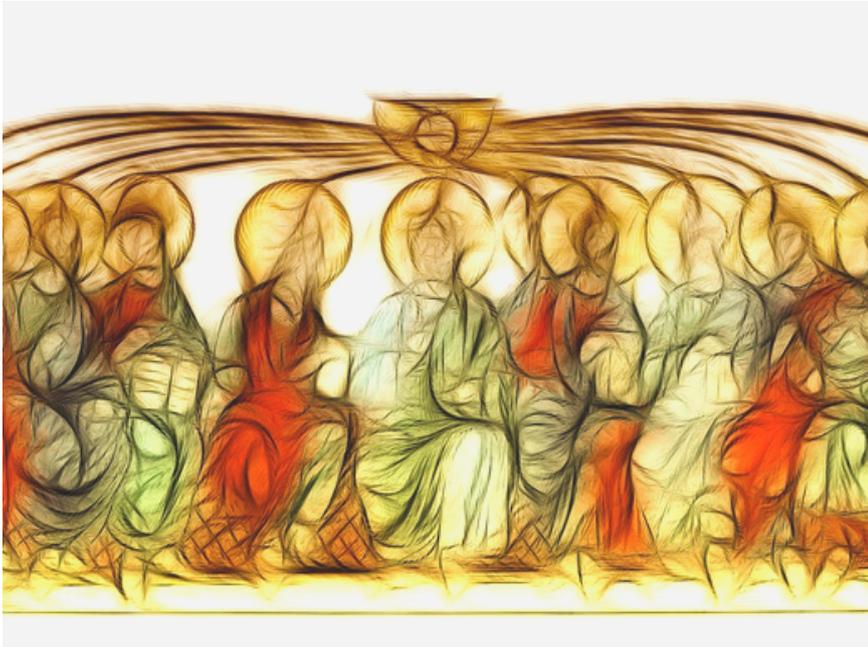
*Recibirnos, saludarnos,
esperarnos, invitarnos a
ocupar lugares cómodos,
distribuir responsabilidades
son todos gestos propios de
una comunidad orante.*

Antes de iniciar la celebración deberíamos preguntarnos: "¿Quién celebra?"

Si la respuesta es *el padre* eso quiere decir que todos los demás presenciamos una acción privada; algo así como que se nos concede el honor de ingresar a un espacio privilegiado.

Si la respuesta es *el padre y los que le ayudan* significa que el momento celebrativo está reservado a una élite que entiende, por contraposición a una gran mayoría que solo está presente, mira y no comprende.

Pero si respondemos que quien celebra es *toda la Asamblea* -incluso los que no están presentes en ese momento y lugar- significa que el protagonismo recae sobre todo el Pueblo de Dios -¡con su diversidad!- que alaba al Señor, que celebra su discipulado en comunidad, recurre a él, lo escucha y se alimenta para servir en la misión cotidiana.



DARNOS LA BIENVENIDA

Porque la celebración es el espacio del amor gratuito del Señor Jesús.

Es él quien reúne, habla al corazón, reconcilia, anima y envía. Y muchos/as cristianos/as necesitan tiempo -a veces, años- para responder a las iniciativas del Señor en sus propias vidas. Por eso, para la gran mayoría de los creyentes, acudir al templo para celebrar es el fruto de una respuesta personal que se ha venido madurando con mucha paciencia.

Otros/as hermanos/as se acercan a la celebración común a causa de un momento de enfermedad personal o de un familiar o amigo.

Algunos/as, para encontrar la paz interior en momentos de oscuridad o crisis.

También, algunos/as por costumbre o tradición (lo cual no es poca cosa).

Si todo lo que traemos a la celebración permanece en el anonimato es posible que, de regreso, nos quedemos con la sensación de que en la comunidad no hubo suficiente eco de lo que cada uno estamos viviendo. Y nos terminemos por convencer de que da lo mismo o es mejor orar en perfecta soledad en vez que estar de cuerpo presente en el templo, sentado al lado de alguien que ni siquiera nos preguntó cómo nos llamamos.

Por eso, todos los gestos y palabras de bienvenida son expresiones concretas del amor que nos rescata del anonimato y nos permite reconocernos hermanos/as y pertenecientes unos a otros.

La bienvenida no puede quedar en manos de cualquiera que sepa leer y nada más. A veces es mejor no leer nada y saludar con autenticidad, mirando a la cara y evitando un *sermón de entrada* que aburre, no calienta ningún corazón y que, pro otra parte, en el ánimo del oyente, todo ese discurso monótono se terminará decodificando como "ya empieza la misa". Quien da la bienvenida y prepara la Asamblea para celebrar tiene el *carisma* para ello y lo hace con *entusiasmo* y *respeto*.

El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo.

Francisco

El aislamiento puede encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida del individualismo enfermizo.